

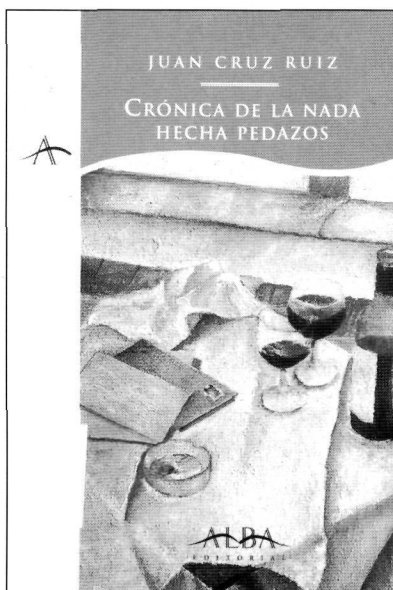
DE VUELTA A LA *CRÓNICA DE LA NADA HECHA PEDAZOS*

FRANCISCO JUAN QUEVEDO GARCÍA

Un cuarto de siglo después de haber alcanzado en 1971 el premio *Benito Pérez Armas* en Tenerife, la editorial Alba saca a la luz una reedición de *Crónica de la nada hecha pedazos*¹ del escritor tinerfeño Juan Cruz Ruiz. Ha transcurrido un tiempo que, afortunadamente, nos devuelve en otro contexto social y cultural esta novela que abrió camino en el panorama de la narrativa canaria de los años setenta. Por lo pronto, es una experiencia motivadora; la lectura o relectura de *Crónica de la nada hecha pedazos* se convierten en una tarea de redescubrimiento, acentuada con la recreación del ser isleño que se descubre en sus páginas. Afirmaba Juan Goytisolo: «Yo no busco un gran número de lectores, sino un cierto número de relectores». La reedición de este relato de Juan Cruz Ruiz merece el mismo parecer. La relectura es un privilegio de los lectores, a la vez que un reconocimiento tácito de los autores y de sus obras. Tras veinticuatro años de la primera publicación de la *Crónica de la nada hecha pedazos*², su rescate supone una oportuna idea editorial, principalmente por dos razones: la primera, por la revisión de lo que supuso para la literatura canaria allá en la década de los años setenta, cuando mucho -si no todo- estaba aún por hacerse. La segunda, por

¹ Cruz Ruiz, J., *Crónica de la nada hecha pedazos*, Barcelona, Alba Editorial, 1996.

² Fue editada por primera vez en 1972 por la Caja General de Ahorros, en Santa Cruz de Tenerife. Al año siguiente, la edita el Taller de Ediciones Josefina Betancor en Madrid. La tercera y última edición, hasta la reciente de Alba Editorial, fue la que realizó la Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias en 1988.



lo que puede resultar de paradigmática para una línea de la actual narrativa española llevada a cabo por jóvenes creadores.

Con motivo de la nueva presentación de su *Crónica de la nada hecha pedazos*, Juan Cruz declara lo siguiente sobre su novela: «Participa más bien de la duda que me caracteriza, y lo que sí refleja, desde luego, es mi repulsa visceral hacia todo lo solemne, y también de la autocomplacencia. En todos mis libros hay una dosis de metaliteratura, que es como un poso melancólico de negar a la propia literatura en favor de la vida. También porque creo que escribir y vivir es mejor que leer»³. Se percibe la apuesta por una escritura «visceral», plena de «duda», de interrogaciones; una escritura ajena a la huida evasiva de la realidad:

³ Declaraciones de Juan Cruz Ruiz publicadas en *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de marzo de 1996, p. 17.

Monosílabos enigmáticos acaban con todo. El mundo se había puesto de pie y más dura fue la caída del imperio romano. Nada nos esperaba en la mirada de los otros, los que subieron la pena hasta el extremo último de la montaña. La izquierda y la derecha de nuestros brazos, roces tímidos de sus pechos con tu frente, la vida cuadrículándolo todo, la isla envolviéndose como un imán, la subsistencia, aburrimento, raudales de barranco destrozando -menos malas casas viejas, o rendirse para comenzar la nueva estrecha batalla.

¿Quién lanzó los últimos gritos de nuestra juventud?

¿Quién alimentó el verano tan solamente de sol?

¿Quién rompió los tímpanos con esa rosa roja lanzada al vacío?

¿Quién te secundó en todos los intentos?

Bromeó la nada con nosotros, bromeó la nada.

Nos metió los ojos en los ojos, nos sacó los dedos y lo despellejamos todo, lo destrozamos todo en memoria sutilmente suya. Nos metió los dedos en los ojos y ya no fue posible ver otro tipo de derrotas que las nuestras, las que se cocían dentro de los cuencos de nuestras propias manos vacías.⁴

Se entiende el acto de escribir como una reacción ante el escozor que causa la existencia -«Nos metió los dedos en los ojos...»-. Esa reacción es turbulenta, apasionada, decidida. La narración conlleva la violencia en forma de discurso fragmentado a través de un monólogo que da rienda suelta a las continuas

⁴ Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, p. 25.

preguntas y respuestas del narrador. En *Exceso de equipaje* recogemos estas líneas de Juan Cruz Ruiz alusivas a ese cuestionamiento constante: «Muchos poetas dicen que en la infancia se aprendió todo y en realidad ocultan la verdad que esconde esa afirmación: en la infancia se aprenden todas las preguntas, que coinciden con las preguntas clásicas del periodismo»⁵.

¿Qué?, ¿quién?, ¿cuándo?, ¿cómo? y ¿dónde? —O viceversa, como señala el autor—. La escritura es un acto de indagación personal. Aunque se concrete el pesimismo, el personaje escritor tiene en sus manos la posibilidad de ir creando por medio de las palabras la literatura que quiere leer. Alumbramiento o desahogo; o la imagen de un absceso interior que, por fin, revienta dejándonos sumidos en un estado donde se mezclan la felicidad y el dolor. Jorge Rodríguez Padrón ve en *Crónica de la nada hecha pedazos* «un intento desesperado de purificación, producto de esa actitud crítica, interrogadora, frente al mundo en torno»⁶.

La década de los setenta en las Islas Canarias constituye uno de los momentos más álgidos en cuanto a la producción y a la proyección de la literatura insular. Han sido los años, tras la época de *Gaceta de Arte* y de la II Exposición Internacional Surrealista celebrada en Tenerife en 1935, de mayor efervescencia literaria en el archipiélago. Tanto en Santa Cruz de Tenerife como en Las Palmas de Gran Canaria surgen premios y editoriales que impulsan firmemente la aparición de escritores noveles; los cuales, por otra parte, dejan constancia de su pertenencia a una tradición cultural -nada

⁵. Cruz Ruiz, J., *Exceso de equipaje*, Barcelona, Alba Editorial, 1995, p. 138.

⁶. Rodríguez Padrón, J., *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1985, p. 274.

que ver, por supuesto, con el manido «boom» que pululó como un virus a partir de los hispanoamericanos-. En la península se habla de los «narraluces», pero también de los «narraguanches» o de los «narranarios»; y se elogia en círculos críticos la irrupción de obras como la *Crónica de la nada hecha pedazos*. Jorge Rodríguez Padrón se hacía eco en *Camp de l'arpa* de tal acontecimiento:

La novela abrió paso a lo que iba a ser una secuela, por el momento, parece que inacabable. Porque la «Crónica», de Juan Cruz, además de incidir en el problema del intelectual en las islas, de los límites de sus posibilidades de realización (y no sólo en lo que a geografía, aislamiento o lejanía se refiere); además de eso, inauguraba un lenguaje insólito dentro de la prosa insular: fragmentado, abierto, un tanto caótico, que venía a descubrir un sinnúmero de posibilidades para la explicación a través de una mordaz ironía y de una ingeniosa crítica del medio. Recuerdo que, desde el diario madrileño «Pueblo» se celebró esta aparición que, por libre, había aparecido entre las encuestas y los interrogatorios en relación con la Feria del Libro madrileña de aquel año. Quizá fuese esto decisivo, y la segunda edición se hiciera imprescindible por lo mismo.⁷

En 1973, en plena ebullición literaria en las islas, se celebra en la Universidad de La Laguna la I Semana de Narrativa Canaria. Un joven Juan Cruz confesaba entonces que su propósito al escribir su *Crónica...* era el de retratarse; y con él, retratar la sociedad en la que vivía. Para conseguir ese propósito no tiene más remedio que llegar a un enfrentamiento: «[...] el espejo ya no reflejaba mi propio rostro, sino que reflejaba la mala conciencia, la vergüenza

⁷. Rodríguez Padrón, J., «Informe objetivo (dentro de lo que cabe) sobre la nueva narrativa canaria», en *Camp de l'arpa*, n.º 7, Barcelona, agosto-septiembre de 1973, p. 21.

ajena, el rostro del prójimo que va por la calle, ve que le llegan piedras, se nota muerto y cree que es lo normal y no se encuentra con fuerzas suficientes como para levantarse del suelo y darle con el puño, al menos, al cristal del espejo»⁸.

Crónica de la nada hecha pedazos no es una novela dulce, sociológicamente no estaba predestinada a serlo. El ámbito político en el que nace -al que se le añade el bagaje de la posguerra y las ganas de afrontar estéticamente un reto que llegaba desde el exterior: la narrativa experimental, el existencialismo, Joyce, Kafka, Faulkner, Onetti...- abona el compromiso y la virulencia con el que éste se desarrolla a través de un discurso agrio: «Tendrás que unir bien tus dientes y besarme de nuevo para entender por qué innumerables razones cuando mis dedos se unían a tus dedos nunca hubo otra voluntad que la unión de los dedos con los dedos porque tus dedos siempre fueron míos hasta el rencor»⁹.

No hemos hablado aún de la isla en *Crónica de la nada hecha pedazos*, a pesar de que este libro le debe mucho al espacio interior que conforma una isla. Como toda obra participa de un contexto. No quiere decir esto que no se pudiera haber escrito en otros lugares, incluso en otros lugares abiertos físicamente. Sin embargo -y es otro de los acicates que alientan su lectura o relectura-, en la *Crónica de la nada hecha pedazos* se observa el referente claro de la insularidad. Según

⁸. Declaraciones de Juan Cruz Ruiz en la I Semana de Narrativa Canaria, recogidas en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de marzo de 1973, p. 10.

⁹. Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, pp. 91 y 92.

¹⁰. Pérez Minik, D., «Los pedazos de la nada de Juan Cruz Ruiz», en *Crónica de la nada hecha pedazos*, de Juan Cruz Ruiz, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1988, p. 16. Este prólogo también se incluye en la nueva edición de Alba Editorial.

Domingo Pérez Minik, a Juan Cruz «la isla se le metió en el pecho»¹⁰. Desde nuestra óptica de isleños se nos actualiza el contacto con el entorno que nos rodea:

Desde por la mañana, la isla en el pecho. «El ensueño barato, el viaje a las Indias. Esas señoras se perfuman con especias. Entra usted, ellas corren las cortinas y comienza la navegación. Los dioses descienden hasta los cuerpos desnudos y las islas, dementes, tocadas con una cabellera rubia pasmosa y desgredada bajo el viento. Pruébelo».

Podías haber soñado. La sábana húmeda, los ojos quietos, sobre el techo, la garganta dura y las manos frías. El suelo, la alfombra, lo que hay que hacer libros y el sol ensoñado en la calle, tan de mañana que da pereza, los pies descalzos. No, no, los ojos siempre sobre el techo.

O estás en la playa, de la mañana a la noche, sin un resquicio para el amor, con las ideas cubiertas por el sol y las penas de salitre, cubierto todo de risa sacrílega, absurda y costera de los personajes que se dejan en la arena el pellejo de sus papas. Una isla entera en la playa.¹¹

Si la nada se hace pedazos, ¿qué nos queda? No se vislumbra alternativa alguna. El monólogo continúa su tónica, impasible ante la expresión que regatea la norma literaria en aras de una rebeldía. La cotidianidad hace avanzar el tedio que se pega como una lapa a la vida-muerte del protagonista: «Porque a cada hora te están enterrando dijiste de nuevo el cinismo de solitario al rostro y Carlos tradujo no supiste pero poco a poco aquello fue subiendo»¹². Ni siquiera poseemos la ilusión de que la nada nos haga feliz. Los tópicos —el sol, la

playa— se deshacen en añicos insignificantes y los días se vuelven larguísimos. La escritura se alarga incandescente y dolorida.

«Ahora sé que, al margen de la edad de quien escribiera ese texto, *Crónica de la nada hecha pedazos* es la novela de un existencialista»¹³. La nada que escribió Juan Cruz se reuerce, se agiliza o se refrena al compás de la angustia que siente el narrador por no desaparecer. Uno de los atractivos de esta nueva edición de *Crónica...* es la de contar con un epílogo del autor. En este epílogo nos aclara el porqué de su dedicación a una «literatura agónica»; en una ocasión en la que hablaba en público, «casualmente», se dio cuenta de que estaba tocando con su mano el aparato que utilizaba para evitar su asma crónico y que llevaba guardado en un bolsillo de su chaqueta. Recordó entonces que en su niñez el asma fue su «compañera indeseada pero insistente»:

Pienso que lo que ocurrió entonces —escritura de *Crónica de la nada hecha pedazos*— es consecuencia de aquella dramática presencia de la enfermedad en mi vida; esa sensación me prdujo la urgencia, la prisa, la necesidad de fijarlo todo en palabras para seguir vivo. 'No quiero volverme sombra, quiero ser luz y quedarme', escribía un poeta argentino precisamente cuando estaba a punto de morir, y *Crónica...* era también la expresión de un deseo similar: quiero ser luz y quedarme.¹⁴

Crónica de la nada hecha pedazos no llega a nuestras manos en estos días de los noventa del mismo modo que llegó a sus lectores a comienzos de los años setenta. Los cambios sociales y culturales se han hecho notar, aunque este texto es capaz de sorprender nuevamente. No de la manera turbulenta como lo hizo en su estreno —los cambios

están ahí, se hacen notar—, sino con una marcha más tranquila y desacerada que aporta su carácter intemporal. La *Crónica...* es un libro sin tiempo, sin época. La nada sigue hecha pedazos y nadie ha sabido reconstruirla. La incitación a caminar por encima de esa nada rota es una incitación alentadora y vitalista también ahora en estas fechas finiseculares. Tal vez hoy más que antes por la libertad de acción y de movimientos de que disponemos.

Por otra parte, *Crónica de la nada hecha pedazos* vuelve a ser una novela moderna. Octavio Paz sostiene que «la modernidad es una tradición polémica y que desaloja a la tradición imperante, cualquiera que ésta sea; pero la desaloja sólo para, un instante después, ceder el sitio a otra tradición que, a su vez, es otra manifestación momentánea de la actualidad. La modernidad nunca es ella misma: siempre es otra»¹⁵. Es vertiginosa la impresión que causa el mare mágnam provocado por el anhelo transformador de la sociedad moderna. Sólo a través de un alejamiento se aprecian líneas o tendencias con perfiles diferenciados. No obstante, en la última narrativa española comenzamos a reconocer relatos donde reaparecen el discurso fragmentado, el monólogo fluyente de la conciencia del narrador, el experimento verbal y la reflexión cínica —violenta en ocasiones— sobre una realidad que tiene mucho que ver con la nada de Juan Cruz. José Ángel Mañas, Ray Loriga o Pedro Maestre son algunos de los escritores jóvenes que recurren a este «moderno» hacer novelesco. Sin ánimo de comparación —y menos aún de valoración— entre esta estética y la de *Crónica de la nada hecha pedazos*, es obvio que existen en ambas procedimientos comunes.

¿Estamos ante la puerta de otro

¹¹. Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, p. 27.

¹². Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, p. 180.

¹³. Declaraciones de Juan Cruz Ruiz publicadas en *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 28 de marzo de 1996, p. 17.

¹⁴. Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, pp. 190 y 191.

¹⁵. Paz, O., *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 18.

ciclo en la literatura española? Sería problemático, dada la cercanía cronológica, el aventurarnos a asegurarlo; aunque los medios están dispuestos y el análisis de la creación contemporánea así lo augura. ¿Es esta reedición de la *Crónica de la nada hecha pedazos* una señal de ese intento de recuperación de una literatura que parecía olvidada? En este sentido, la novela de Juan Cruz se convierte en premonitoria: «delicioso haber leído que nadie ha inventado nada y que todo parte de nosotros para volver a nosotros y traernos las viejas sensaciones que hemos sentido en otro tiempo»¹⁶.

La *Crónica de la nada hecha pedazos* renace moderna, como si el tiempo no hubiera saldado cuentas con ella. Contemplamos en este relato una prosa fuerte, animada por la justificación de la metanovela como recurso vital -«Por eso escribo: para hacer posible el día siguiente»¹⁷. La metanovela compensa una situación grisácea. Situación que es una suma de situaciones, tal y como está construida la novela. La anécdota se disuelve en una nebulosa para afianzar los diversos estímulos del protagonista que se van haciendo presentes a lo largo de la narración. Suma de estados, suma de reflexiones, suma de pensamientos. Todo ello condensa el discurso. Cualquier página, cualquier palabra, cualquier frase están formuladas para que el lector se pare; es un libro que alienta más a la para-

da en seco que a aquellas lecturas apresuradas que nos resbalan hacia un final anhelado y desconocido. No es el caso de *Crónica de la nada hecha pedazos*. La resolución de su final viene dada desde el comienzo de la obra y se refleja en cada uno de sus pasajes. La reconstrucción de la nada es inútil, no vale la pena insistir. Avanza la muerte cotidiana y solamente es cuestión de escribir-caminar-vivir:

¿Quién estaba engañándote tan sañudamente, desde tan pronto? ¿Quién te impulsaba a hablar interminablemente como si tú tuvieras algún deber ineludible de llenar los silencios cotidianos que luego tampoco supiste respetar? ¿Qué color estaban teniendo tus pensamientos, tras tanto abrigo y tanta inconsciencia? Tú no te estabas enterando de nada, los hombres se morían con menos frecuencia que ahora, ésa era tu impresión y ahora tú mismo vas notándolo ligeramente muerto o bien nada tienes que ver con todo esto.¹⁸

Fernando Savater, cuando fue presentada la *Crónica de la nada hecha pedazos* en Madrid por primera vez, afirmó «que era como un cuaderno hallado en un campo de concentración»¹⁹. Probablemente es una impresión hiperbólica; no obstante, algo hay en esta novela de tormento, de encierro, de caos, de violencia y de indignación. No es una novela común, pertenece sin duda al universo literario que ha ido

tejiendo Juan Cruz en el transcurso de su carrera como escritor. La *Crónica de la nada hecha pedazos* está ahí, en su arranque, y a estas alturas conjeturamos que para siempre. Todos deberíamos tener una oportunidad para entendernos, y a Juan Cruz le llegó en forma de crónica. Ese entendimiento pasional no fue patrimonio exclusivo del novelista tinerfeño. Se extendió rápidamente a muchos otros que no sólo lo comprendían, sino que lo esperaban y se solidarizaban con aquella impactante experiencia novelesca. Sean estas palabras de Juan-Manuel García Ramos una muestra de esa identidad y un aliado más para acercarnos, nuevamente o no, a esa aventura intuitiva de todos nosotros que es *Crónica de la nada hecha pedazos*.

Para nosotros, aprendices de escritor y lector de aquellos años, *Crónica...* era la novela que deseábamos y entendimos desde el primer momento. Porque desplegaba una épica de la que formábamos parte y nos animaba a creer que el tiempo, las incertidumbres y los vacíos de nuestra generación constituían material de fábula, refugio para el enmascaramiento y la reflexión creadora. Prosa rota, incomprendible para muchos, a veces despreciada, que a nosotros llegaba nítida, como relámpagos de una tormenta sufrida y tal vez festejada en común.²⁰

¹⁶. Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, p. 144.

¹⁷. *Ibid.*, p. 193.

¹⁸. Cruz Ruiz, J., *op. cit.*, 1996, p. 186.

¹⁹. *Ibid.*, p. 193.

²⁰. García Ramos, J.-M., *La nueva narrativa canaria*. Las Palmas de Gran Canaria, Alegranza, 1987, p. 9.